

*u*  
*Presente*

M U J E R E S   D E   A M E R I C A

LA  
HEROINA  
DEL  
ALTO PERU

V i c e n t a   J u a r i s t i  
d e   E g u i n o



LA PAZ - BOLIVIA  
1943

01365

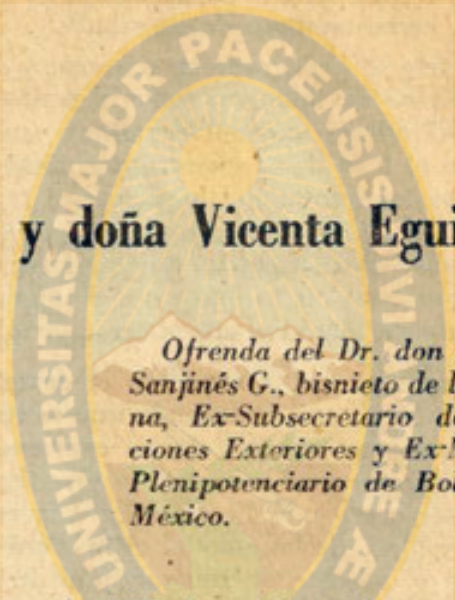
25-33

1065



VICENTA JUARISTI, DE EGUINO





## Bolívar y doña Vicenta Eguino

*Ofrenda del Dr. don Alfredo Sanjines G., bisnieto de la heroína, Ex-Subsecretario de Relaciones Exteriores y Ex-Ministro Plenipotenciario de Bolivia en México.*

El 18 de agosto de 1825, hace ciento diez y ocho años. Llegó el Libertador Bolívar a la ciudad de La Paz, después de una larga permanencia en Lima y de visitar el Cuzco y Arequipa. Bolívar avanzada hacia el sud; sus sueños lo llevaban hasta las riberas del Paraguay y del Plata. A medida que se internaba en las comarcas del Alto Perú, sin combatir, era aclamado como Libertador en todas partes. Entre Puno y Copacabana fué recibido por el Mariscal Sucre, que fué a encontrarlo a las orillas de "la Laguna sagrada de los Incas". Cuentan que antes de que pasara el Desaguadero, al divisarse los dos Libertadores bajaron de sus cabalgaduras y corrieron a abrazarse larga y silenciosamente. "En uniforme de fantasía, una casaca militar azul con brandeburgos rojos y botones dorados, cubierto con un casco a la inglesa, caballero en un potro blanco, sus tropas lo conocían a distancia. A veces perdía todo su esplendor entre el agua y el barro, pero conservaba sus botas bien



cuidadas, negras como su corbata de seda, siempre correctamente anudada, costumbre tan arraigada en él, que en quince años de campañas y hasta la muerte no se desprendió nunca de ella, como tampoco de su caballo”.

Bolívar a la sazón contaba cuarenta y dos años, y al cabo de tres lustros de batallar, venía a realizar el sueño de su juventud, el mismo que soñó en Roma, en el monte Aventino, cuando al lado de su maestro don Simón Rodríguez, “mirando todos los puntos del horizonte al través de los amarillos rayos del sol poniente, juró por el Dios de sus padres, por su honra y por su patria, que no daría descanso a su brazo ni reposo a su alma, hasta que hubiera roto las cadenas que oprimían a América del poder español”.

En Arequipa había expedido el decreto creando la República del Alto Perú, ordenando que se reuniera una Asamblea General para que en ella se expresasen libremente las libertades de esos pueblos sobre la Constitución Política que querían otorgarse, y al llegar a La Paz recibía la carta de dicha Asamblea, declarando el Alto Perú libre e independiente, con el nombre de Bolívar, y el de su Capital, con el de Sucre.

“El día de Junín se ha declarado independiente esta nación”, —escribía el Libertador a Santander, en carta fechada el 19 de agosto, al siguiente día de llegar a La Paz:— “¡qué hermoso nacimiento entre Junín y Boyacá! Parece engendrado este Estado por el matrimonio de estas dos Repúblicas. Usted debe imaginar si yo debo defender este hijo precioso de mi gloria y de Colombia”.

Esa enorme gloria comenzó para Bolívar al remontar silenciosamente en una noche de luna, por las aguas del Río Magdalena, desde el puerto de Cartagena, en las costas del Caribe, con doscientos hombres mal equipados que llegaron a Tenerife sin ser vistos, poniendo en fuga al enemigo español y adueñándose de sus armas; y culminó después de la lucha de quince años, en las cumbres de esa mole de pla-



ta llamada el POTOJSI, bajo el radiante sol que ilumina la cordillera de los Andes meridionales.

Terminada aquella gloriosa campaña, después de haber dado la libertad a cinco naciones, Bolívar al ascender las enormes cumbres andinas, debió considerarse en el Olimpo Pagano. “Estoy respirando un aire méfítico que se llama soroche, —escribe—, sobre las nieves y al lado de las vicuñas; esta carta deberá estar helada, si un cóndor no se la lleva y la hace calentar con el sol”.

Bolívar llega a las tierras del Alto Perú, en la apoteosis de su gloria. Todos los pueblos que ha libertado desde el Orinoco hasta el Desaguadero, le han ofrecido la corona de Monarca. En La Paz, la ciudad de sublevaciones indígenas y de rojos tejados, aquella madrugada del 18 de agosto de 1825, el ambiente se presenta limpio de las brumas de los Andes. En la arrugada cuenca donde nace el torrentoso Choqueyapu, con el canto del gallo, una numerosa muchedumbre asciende a pie y en compactas cabalgatas, por el camino polvoriento que conduce al Alto de Lima. De todos los pueblos del altiplano y de los valles aledaños, han acudido sus vecindarios para recibir al Libertador. En el pueblo de Laja, a ocho leguas de La Paz, se han concentrado temprano numerosos jinetes. El Venerable Cabildo Eclesiástico, alcanza sofocado apenas hasta las dos leguas de la ciudad. Grupos de indígenas, con sus trajes multicolores, danzan en todo el trayecto al són de zampoñas y de tambores. El Ayuntamiento y autoridades locales, en pleno, y con sus mejores trajes de fiesta, se constituyeron puntualmente en la ceca del Alto. Enorme era la ansiedad por la llegada del caudillo. Esperaban los Ediles en la cima del monte para entregarle el obsequio de un hermoso caballo blanco, de media sangre árabe, adornado con montura, correaje, estriberas y hebillas labradas, guarnecidas con piezas de oro. “Un par de espuelas del mismo metal y finísimo chicotillo con monograma de piedras preciosas en la empuñadora, completaba el presente de la Municipalidad de La Paz”.



La comitiva del Libertador avanzaba aquel día por la pampa, camino del Alto de Lima, contemplando con asombro las estupendas cimas nevadas, y a medida que se aproximaba más a la ciudad, crecía más su sorpresa al divisar aquellos picos que parecían perderse en las nubes. Era una fría mañana de agosto, y un aire helado soplaba de la cordillera. Extraña emoción debió apretar el corazón de Bolívar.

La muchedumbre ansiosa se desbordó cuando llegó el Libertador al Alto, recibéndolo con grandes aclamaciones de júbilo. ¡Al fin lo conocían a Bolívar! Desmontado de su fatigada cabalgadura y después de agradecer la cálida recepción que se le tributaba, el Libertador pudo divisar desde aquella cumbre, por primera vez, la ciudad rodeada por la cordillera blanca. Del fondo del valle ascendía el rumor del repique general de campanas y el ruido de las salvas de artillería.

Desciende el Libertador por el pedregoso camino del Alto, en su nuevo caballo de media sangre, aclamado por la muchedumbre, deteniéndose sólo al llegar al puente de Coscochaca, que es la entrada principal a la ciudad, y donde se ha levantado una enorme portada de flores, adornada con las banderas de Colombia y del Perú y de la que penden numerosos y ricos objetos de oro y de plata.

Allí lo esperan el Presidente del Departamento con una comisión de damas que le dan la bienvenida. Un coro de mil niñas entona himnos de gloria al héroe legendario. “La patricia doña Vicenta Eguino Juaristi, —dice el historiador Agustín Morales,— le dirige una patriótica alocución a nombre de las mujeres del Alto Perú, que en competencia de sus esposos y sus deudos han tomado participación directa en la lucha sangrienta de los quince años”. La heroína entrega al Libertador una Llave de Oro con la cual franquea la entrada principal levantada sobre una hermosa y regia tribuna.

El Alto Perú había querido presentarse ante su Libertador, a su llegada, “con todo lo grande, con todo lo hermoso.



con todo lo rico que poseían los vecindarios”, dice el historiador Luis Paz; y así para darle la bienvenida, comisionó a su heroína máxima. Bella y arrogante doña Vicenta Juaristi de Eguino, era en aquella época la flor brava de los Andes. “la flor de la raza”. Quince de sus mejores años los había ofrendado a la causa de la emancipación. Había luchado heroicamente, abnegadamente, por independizar su patria del yugo español, y tenía la fortuna de culminar la obra de toda su vida, poniendo en las propias manos del Libertador, las llaves de su querida ciudad. (Años después, en las veladas familiares de la casa solariega de doña Vicenta, hoy declarada Monumento Nacional, situada en el N. 241 de la calle Potosí, antigua calle Chirinos, donde nació y donde nos reuníamos los nietos y biznietos de la heroína, escuchábamos de la abuela doña Benita y de mi padre don Víctor Sanjinés Eguino, ameno y medular conversador, junto con las hazñas legendarias, las emocionantes escenas que presenció la prócer al recibir al Libertador).

Se nos contaba con arcos triunfales con leyendas alusivas a las campañas gloriosas del Libertador, se levantaban cada 25 metros desde la Garita de Lima; que las ventanas de las casas estaban engalanadas con colgaduras y paños de terciopelo y seda, en todo el trayecto, y repletas de familias que habían venido a La Paz, de las provincias; que las bellas espectadoras derramaban esencias y ramilletes de las más variadas flores traídas desde los valles próximos a la ciudad y de las vegas de Yungas, que perfumaban las calles que debía recorrer la comitiva; que gruesos doblones y monedas de plata, se arrojaban al pueblo, así como objetos de plata labrada, como en los buenos tiempos de abundancia y de auge de Potosí, haciendo que se entusiasmara más la población.

Los gloriosos batallones de la segunda división de Colombia, vestidos de gala, abrían calle para el desfile que encabezaba el Libertador, jinete en hermoso caballo blanco, acompañándolo a su derecha el Mariscal Sucre, el verdadero



creador de nuestra nacionalidad, y a su izquierda el General colombiano José María Córdova y el General Lanza, héroes de Junín y de Ayacucho, seguidos de una numerosa cabalgata que recogía las coronas de flores y obsequios de valor descolgados desde las ventanas para los Libertadores.

Una ruidosa muchedumbre seguía el cortejo, atronando el aire con sus aclamaciones. Las descargas de fusilería y el repique general de campanas ensordecía con su ruido.

Llegada la comitiva a la plaza principal, donde formaron cuadro algunos cuerpos del Ejército Libertador, a los que Bolívar los encuentra desde la batalla de Ayacucho, el caudillo de América al ver a su aguerrida tropa, desenvaina la gloriosa espada y arrancando con las espuelas su fogoso caballo, avanza solo al centro mismo del cuadro militar que se ha formado, dirigiéndose a sus soldados, en esta forma: "Ha llegado el tan anhelado instante de abrazaros con el afecto que os profeso, después de vuestro glorioso comportamiento en el campo de Ayacucho, cuya victoria llenandoos de imperecedera fama, ha coronado vuestro esfuerzo en favor de la Libertad de América".

Aclamado cálidamente por sus soldados, fué recibido magníficamente el Libertador en el Palacio y de allí pasó a la Catedral, donde se celebró un solemne Te Deum. Cumplido el homenaje al Creador, Bolívar se dirigió nuevamente a Palacio, para ser cumplimentado por la sociedad paceña. En el salón principal se le aproximó un sacerdote y después de dirigirle unas breves y emocionadas frases, trató de coronarlo con un laurel de oro tachonado con brillantes; pero Bolívar se lo quitó vivamente de la mano y ornó con él las sienes de Sucre: "No es a mí a quien se debe la corona de la victoria, dijo, sino al General que dió la libertad al Perú en el campo de Ayacucho".

Y Sucre, el immaculado, con esa modestia y delicadeza que tanto le distingue, le responde: "Vuestra Excelencia llevando sus bondades más allá de lo que es permitido para la justicia, ha dicho que la libertad del Perú es debida al



ejército unido; más el ejército no consentirá jamás una usurpación. Entre las posibilidades humanas no podía contarse un suceso más completo y raro, como nuestro último triunfo, sino lo hubiese precedido un genio superior e inmortal. En el campo de batalla, cuando iba a decidirse la suerte de una nación entera, yo recurrí al nombre de Bolívar para asegurar el resultado. No estuvo la persona de V. E. en Ayacucho, pero V. E. existió en el corazón de cada soldado en el combate”.

Al escribir Bolívar a Santander, al siguiente día de su llegada a La Paz, le refería sus impresiones en esta forma: “Ayer llegué a esta patriótica ciudad y he sido recibido, como era natural, con mil demostraciones de bondades y agradecimientos. El orador de la fiesta de ese día me ha querido hacer Monarca con no poca sagacidad y gracia. En fin, esto está en grande”. Y luego después le expresa: “Ya me tiene usted comprometido a defender Bolivia hasta la muerte, como a una segunda Colombia. De la primera soy padre. De la segunda soy hijo”. Y más tarde escribe: “No puede usted imaginarse la gratitud que tengo para estos señores por haber ligado mi nombre a una cosa inmortal. Yo moriré bien pronto, pero la República Bolívar quedará viva hasta el fin de los siglos”. Y a Sucre le dice: “Bolivia es para vos, como para mí, nuestra hija predilecta. Junín y Ayacucho la engendraron; los libertadores deben mantenerla a costa de sus sacrificios”.



Así describen los documentos y crónicas de historiadores autorizados, y las leyendas que conserva nuestra familia, la llegada de Bolívar a la ciudad de La Paz, el 18 de agosto de 1825, fausto suceso en que tuvo tan descollante papel la heroína doña Vicenta Juaristi de Eguino. Al escribir la historia de Bolívar, “*El caballero de la Gloria y de la Libertad*”, —apunta Emil Ludwig,— “que sin las mujeres de aquella época, América nunca habría alcanzado la libertad. Muchos



de los círculos, clubs y conjuraciones que entonces se formaron en la América del Sur, nacieron a impulsos de mujeres heroicas y apasionadas. Fueron ellas las primeras en llevar la sublevación a la calle, en lucir la banda revolucionaria, en cantar cánticos patrióticos; más tarde siguieron a sus maridos, a sus amantes a los campos de batalla, tan firmes a caballo como a pie, a veces con un niño en el pecho, otras con pantalones de un soldado: como en las viejas estampas”.

Vicenta Juaristi de Eguino, encarnó en el Alto Perú aquel tipo de mujer. Como Bolívar ofrendó su cuantiosa fortuna a la causa de la Libertad. Todo lo consagró a su patria. Su hacienda, la tranquilidad de su hogar, la vida de sus hijos. Condenada a muerte es amnistiada, sólo por consideración a su abolengo. Confinada en una de sus haciendas, no se le permitió regresar a La Paz en mucho tiempo. Vejada por los tiranos, fué siempre la rebelde que amaba apasionadamente la libertad. No fué doña Vicenta una Juana Azurduy de Padilla ni mucho menos una Juana de Arco. Jamás tomó una espada para combatir en el campo de batalla. Era más bien la patricia romana que templa en el fuego del hogar el acero del alma de la patria.

El valioso estandarte que entregarán a la Escuela Vicenta Juaristi de Eguino, las manos patricias de la dignísima dama doña Sara Eguino viuda de Rodas, heredera de la sangre de la heroína, debe simbolizar siempre en los claustros de ese Instituto, el pendón de las causas nobles, el de la dignidad del espíritu que distinguió a doña Vicenta y que debe caracterizar a los estudiantes bolivianos. Ese es el estandarte de la verdadera nobleza americana: la que fundó en el Alto Perú la ilustre patricia paceña. Se debería agregarle esta leyenda: “¡Siempre altiva!”, máxima virtud de la heroína y que se debiera cultivar en todos los colegios de Bolivia.

La Paz, Agosto de 1943.

---



*El día 17 de julio de 1943, en el Salón de Actos Públicos del Ministerio de Educación, tuvo lugar la solemne ceremonia de la entrega de un estandarte que los descendientes de la heroína paceña doña Vicenta Juaristi de Eguino obsequiaron a la Escuela que lleva su nombre.*

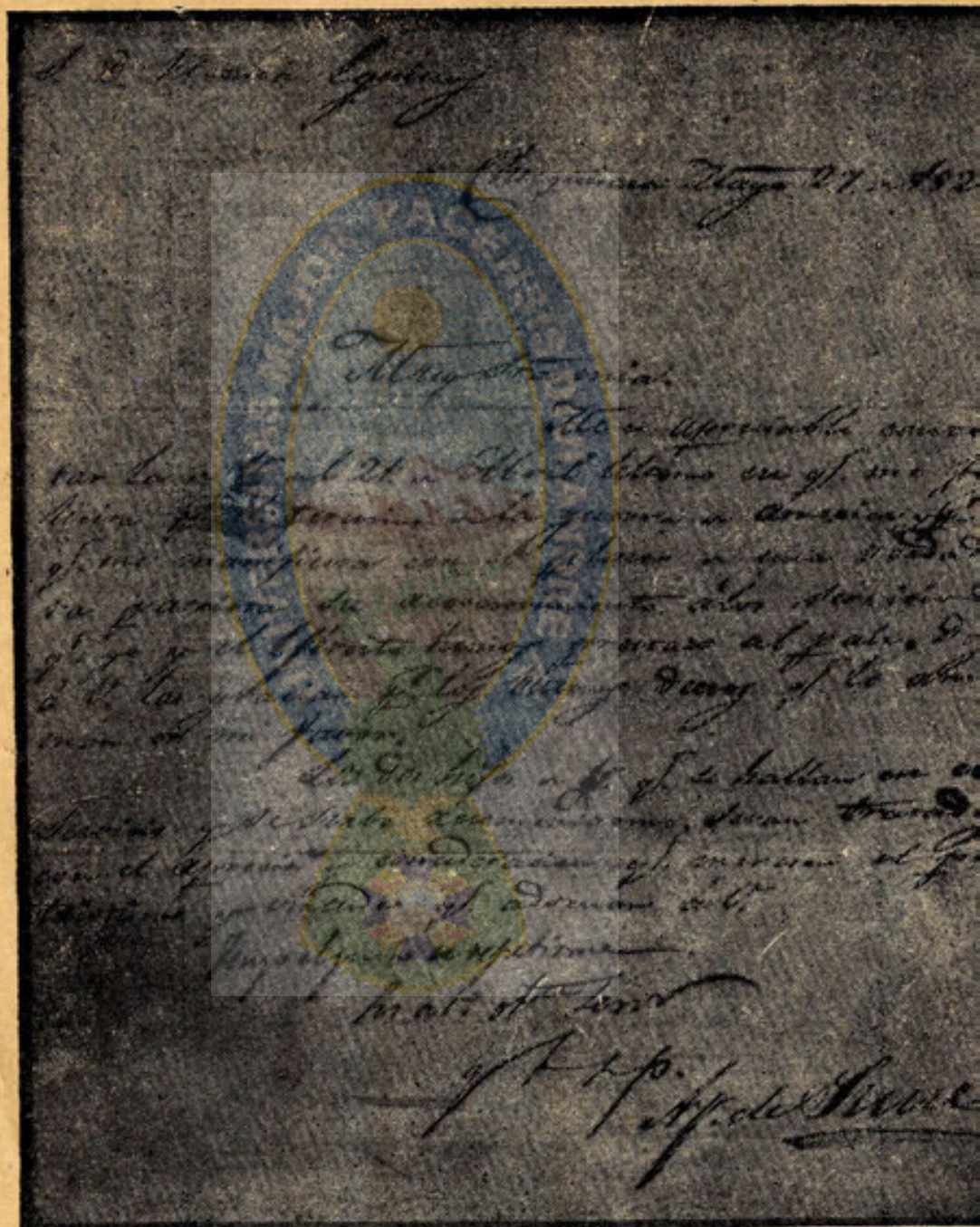
*A este acto concurrieron el Excmo. señor General don Enrique Peñaranda, Presidente Constitucional de la República, el señor doctor don Juan Manuel Balcázar, Ministro de Educación Pública, Bellas Artes y Asuntos Indígenales, el Ilustrísimo Arzobispo de la Diócesis de La Paz, Monseñor Abel Isidoro Antezana y Rojas, los descendientes y una numerosa concurrencia.*

*Pronunciado el discurso del doctor Remy Rodas Eguino, la señora Sara Eguino viuda de Rodas, bisnieta de la heroína, entregó a la Directora de la Escuela señora Elodia Baldovina de Lijerón, en nombre de los descendientes de la ilustre patricia, un hermoso estandarte con el escudo y la bandera tricolor de Bolivia, habiendo las alumnas de la Escuela entonado himnos patrióticos alusivos a las gestas libertarias de julio de 1809.*





## Del Mariscal Sucre a Doña Vicenta Eguino



"Los dos hijos de Ud. que se hallan en el servicio y se sirve recedarme, serán tratados con el aprecio y consideración que merecen el patriotismo y virtudes que adornan a Ud.

ANTONIO JOSE de SUCRE".



Discurso pronunciado por el señor doctor don Remy Rodas Eguino, tataranieto de la heroína, Ex-Ministro de Educación Pública y Diputado por La Paz.

*Excmo. Sr. Presidente de la República;*

*Señores Ministros de Estado;*

*Ilmo. Sr. Arzobispo de la Diócesis;*

*Señora Directora, maestras y alumnas de la Escuela "Vicenta Juaristi de Eguino";*

*Señoras, señores:*

Horas en que el pensamiento, elevándose sobre la vulgaridad del suceso cotidiano, renueva la emoción alucinada del pasado heroico, es otra vez familiar la que debió dejarse escuchar en este escenario que dentro de su sencillez se hace propicio a las evocaciones.

Empero, es la satisfacción de un anhelo con el establecimiento escolar que se desenvuelve y protege con el nombre y la vida luminosa de una mujer extraordinaria, mi antepasada, como lo es de tantos que me escuchan, que hace de mí el portavoz de su homenaje a la magna fecha libertaria, como de su gratitud y de su estímulo a la vez, a quienes reivindicaron de las sombras de la historia y casi del olvido, las obras y las glorias inmortales de doña Vicenta Juaristi de Eguino.

Es verdad que los más preciados incienso y las más frescas rosas se han quemado y deshojado en muchos lustros, siempre poco, para enaltecer a Murillo, los Lanza, Jaén, Catorra y otras epónimas figuras de la Revolución. Su gran-



deza en la vida, sus sacrificios en la lucha y sus tormentos en la muerte, tallados con maestra pluma de historiadores, literatos y cronistas, han hecho ya de ellos, la realidad de su supervivencia en el espacio y el tiempo.

La gesta libertaria, fué simplemente la concepción, la realización misma de tan preclaros varones y no se hizo necesaria, ni se advierte en su pensamiento y su acción la influencia espiritual, la ayuda material, el concurso del valor y del martirio de la mujer del Alto Perú? Es que ella no ha sufrido ni sentido la indignidad de una vida subyugada, y los escarnios de una extraña opresión?

Lo cierto es que la mujer de ascendencia castellana, la mestiza y la indígena, elementos todos de un solo agregado social en trance de servidumbre, participó de los triunfos y adversidades del varón, sino sugirió, como es posible, la rebelión contra el dominio ya secular de España.

Sobresale entre ellas doña Vicenta Juaristi de Eguino, joven de 20 años. Reservando al cronista el detalle de su estudio biográfico, impropio de los moldes de este discurso, no puedo liberar a vuestra benevolencia, de una inevitable como ligera reseña histórica. Fueron sus padres Francisco Javier Juaristi de Eguino, español y doña María Magdalena Antonia Díez de Medina, criollas de auténtica estirpe paceña.

Don Francisco Javier fué hijo de José Ignacio Juaristi y de doña María Teresa Viviana De-Urquiza e Ibarlúce, habiendo nacido en la villa de Azpetia y heredado las casas solariegas De-Juaristi, situadas en la villa De Elgoibar y de la Marquina; condecorado con la "Cruz de Isabel" y con el título de Eguino, perteneciente éste a los antiguos nobles de Guipuzcoa y agraciado con la renta de Mayorazgos de Vizcaya. Vino a La Paz en 1777 y casó con la Díez de Medina el 29 de abril de 1784. La señora Díez de Medina, era hija de don Tadeo Díez de Medina, Caballero 24, y Antonia Solix, ambos oriundos de La Paz.

Educada por su hermano Pedro "hombre muy recto y muy docto de tendencias manifiestamente hostiles a la coro-



na", intuyó su propio destino y puso al servicio de la obra emancipadora su preclara inteligencia, sus virtudes cívicas, su hacienda toda, no existiendo actitud, inspiración ni esfuerzo que no contase con la contribución personal de la heroína.

Su casa era el permanente centro de actividades revolucionarias. Allí se había instalado una secreta fábrica de municiones costeada por doña Vicenta, allí trabajaban las mujeres del pueblo adictas a la emoción libertaria y de ahí mismo salían resueltos los planes militares como los problemas económicos para el sostenimiento del ejército patriota.

Simona Josefa Manzaneda, Ursula Goyzueta, y otras muchas mujeres de diversa clase social, eran infaltables compañeras de doña Vicenta. Espíritu singularmente retemplado para familiarizarse con la inquietud constante y el peligro cotidiano que requiere la persecución de un ideal como el de la independencia americana, hizo de su primer esposo Rodrigo Flores Picón, Ayudante Mayor del ejército real, el colaborador entusiasta y desembozado del ejército patriota. Su conducta contraria al poderío español le significó la muerte atribuida a las autoridades. Tiempo después, la heroína que había contraído segundas nupcias con el doctor Mariano de Ayoroa Bulucua y Pacheco, militar dependiente del Virrey de Buenos Aires y Regidor de La Paz, hubo de divorciarse de su esposo por no convenir el servidor ferviente de la Corona de España que oprimía con su autoridad y situación oficial a los criollos, con las arraigadas ideas liberales de la Eguino.

Renovada su profesión de fe emancipadora que había ganado terreno en la mente y los sentimientos del pueblo paceño, actuó con Murillo y los principales conjurados en los preparativos del ataque y toma del cuartel, en la noche del 16 de julio. Domésticos, colonos y dependientes, compadres, amigos y conocidos, todos se movilizaron para que el golpe revolucionario surgiera triunfante.

La Corona envía a Goyoneche que vence en Chacaltaya y se apodera de La Paz. Murillo y sus compañeros son ajus-



ticiados el 29 de enero de 1810. La heroína cuya conducta hostil a la dominación española rebasaba los límites de la prudencia, es condenada al pago de sendas multas, a ser desterrada al Cuzco y a la confiscación de sus bienes. La entrega de subidas cantidades de dinero a las autoridades realistas evita el exilio pero no el confinamiento que lo sufre en una de sus haciendas de Río Abajo.

La heroica mujer no se desalienta por ello y sigue alimentando con su inmenso corazón y su férrea voluntad el fuego sagrado de sus aspiraciones libertarias. Tiene la convicción de que perseverar en el sacrificio y en la fe es vencer y nada puede detener sus rebeldías necesarias a toda ardua y noble empresa.

“La Azurduy de Padilla, dice un escritor — peleaba en los campos de batalla por la patria, — era la Débora del patriotismo, pero la Eguino era la Madame Roland de los girondinos de La Paz. Ella les inspiraba su entusiasmo, su amor a la libertad, su patriotismo por la gloria republicana”.

Su correspondencia epistolar con Juan José Castelli, que encabezaba el primer ejército auxiliar argentino en marcha sobre el Alto Perú, hace manifestar al jefe argentino: “agradezco sus informes y le expreso el gozo que siento al pensar que pronto la he de conocer personalmente lo mismo que a las demás heroínas de la ciudad de La Paz”.

Castelli llega en abril de 1811 y la recepción es cordial como animada contribuyendo al entusiasmo de doña Vicenta saber que su amado hermano Pedro formaba en los cuadros del ejército auxiliar. Se suceden los festejos. Banquetes y bailes tienden a estimular el espíritu combativo de los argentinos y la heroína “lujosamente ataviada, luciendo con donaire su esbelto talle, haciendo gala de vivacidad y cortesanía que atraían la atención de todos”, no perdía un instante en concebir, acordar, proponer y realizar proyectos dirigidos a favorecer el éxito de las batallas que se veían venir. Cuando el ejército abandonaba la ciudad al encuentro de las tropas peninsulares, no podía faltar la proclama vibrante de la sin-



gular señora a quien los soldados que vestía y equipaba a su costa vitoreaban incesantemente. "Vengo a daros un abrazo de despedida, les dijo, y ofreceros mi eterna gratitud, recompensadlo dignamente y jurad defender la bandera, símbolo de la libertad de esta querida patria".

Desgraciadamente para el ejército auxiliar, para la causa de la independencia americana, sobrevino el desastre de Guaqui restableciéndose en La Paz la autoridad española. La cooperación de la heroína al ejército de Castelli, le valió el que se la condenara a la pena de muerte de la que salvó.

En agosto de 1814 le repercutió que tuvo en La Paz, el movimiento revolucionario del Cuzco, acaudillado por Mateo Pumacahua y otros, encontró siempre a la heroica mujer entre los revolucionarios. Pinelo y Muñecas contaron con la colaboración del pueblo de La Paz, sin distinción de clases sociales lográndose el derrocamiento del gobernador intendente Valde Hoyos. La actitud de la señora Eguino, se hizo resuelta y valerosa al encabezar un pelotón de hombres, realizar el sitio y la captura de la barricada en que se hallaban los españoles. Cuatro días después, el pueblo paceño, muchos de cuyos hijos, soldados y presos políticos, habían perecido víctimas de terrible como inesperada explosión que se supuso preparada por la "traición realista", vengaba implacablemente la muerte de los suyos. Valde Hoyos y sus allegados, fueron victimados por grupos de mujeres armadas de puñales y cuchillos. Simona Manzaneda las dirigía y nada pudo detener la acción de Pinelo y Muñecas para calmar a la multitud enfurecida.

La Eguino cuyo corazón había destrozado el luctuoso suceso, presintió las represalias que habrían de ejercitarse contra los patriotas y las responsabilidades que habían de recaer sobre ella misma.

Y así fué, Juan Ramírez, General realista, llegó a La Paz en noviembre de 1814 con fuerte división militar, después de haber destruido en Achocalla las fuerzas de Pinelo y Muñecas. Ordenado el procesamiento de los actores, en los suce-



sos sangrientos de septiembre, se buscó con tenacidad a la Eguino y no se la pudo hallar. La negativa de su sirviente Antonio a descubrir el paradero de su ama y la sindicación que se le hiciera de haber sido uno de los actores de la matanza, le hizo morir en el patíbulo. Doña Vicenta había perdido el más fiel de sus servidores.

Las violencias de Ramírez sin embargo, fueron sólo el anuncio de prontos y más crueles hechos de barbarie. En 1816, el Brigadier Ricafort trazaba su programa, expresando: "No he de dejar en La Paz, más tesoros que lágrimas". El Consejo de Guerra presidido por el sanguinario Carratalá, sembró el terror en la ciudad fusilando a los insurgentes y decapitándolos para colocar sus cabezas en el Alto de la ciudad y los caminos públicos.

Ricafort no descansaba en su macabra tarea. Le era preciso castigar a las mujeres rebeldes y pronto sus agentes dieron con doña Vicenta, la Goyzueta y la Manzaneda en la prisión. Juzgadas sumariamente doña Vicenta y la Manzaneda fueron condenadas a la pena de muerte. La Manzaneda fué ejecutada el 26 de noviembre, y no así la señora Eguino que aunque encerrada en obscuro e infamante calabozo donde se le había sometido a tantas privaciones y con barras en los pies, lamentábase del fusilamiento de su inseparable compañera la Manzaneda. La pena de muerte fué nuevamente suspendida en su favor, pues tanto su ex-esposo Ayoroa Bulucua y Pacheco, como su tío, don Tadeo Medina, pidieron su aplazamiento. El Coronel español don José de Abeleira, obtuvo del General José de la Serna, que gestionase el indulto de la "dama distinguida y prestigiosa" ante el Virrey de Lima, don Joaquín de la Pezuela. La Serna que había conocido a la heroína, obtuvo la revocatoria de la sentencia y la conmutación de la pena por la del destierro perpetuo y 10.000 pesos que la condenada pagó inmediatamente. El Supremo argumento de La Serna ante el Virrey Pezuela, no era otro que el de esperarse funestos y contra-productos resultados para la autoridad real, si se llevaba



a cabo la ejecución de la "señora noble de la orden privilegiada de María Isabel del señorío de Vizcaya".

El destierro al Cuzco de la "hija y esposa de nobles españoles" se evitó enviándose al Perú por la señora Eguino una arroba de oro en pepitas para su distribución entre los hombres del Virrey.

En 1817, se celebraba en La Paz, el enlace del Rey Fernando VII con la Infanta María Isabel Francisca del Portugal y el Gobernador Intendente Sánchez Lima entregaba la Alameda entre los varios números de festejos. En el sitio más concurrido del paseo, un oficial español cortó el cabello que servía de distintivo a la heroína. Esta, sorprendida lo recogió del suelo y exclamó: "Dí a los que te han mandado que cada cabello servirá para colgar a un tirano".

En 1823, el ejército independiente "Intermedios", llegaba a las proximidades de la ciudad para combatir contra el General realista Pedro Antonio de Olañeta que con innumerables tropas dominaba el Alto Perú. La dama paceña tomó a sus hijos Félix y Jorge, y los entregó al General Andrés de Santa Cruz, diciéndole: "Os presento a mis dos únicos hijos varones, estos ocho colonos y mi corazón, como único contingente a la causa nacional, para que tomen las armas en defensa de la independencia de América". El 7 de agosto ingresaba Santa Cruz a La Paz, teniendo a los hijos de la heroína como soldados del Batallón "Cazadores del Perú" y después del "Aguerridos". Su participación en las acciones de armas de Zepita, Viscachani, Santa Rosa y Falsuri, hicieron a los Eguino, acreedores de las medallas de "Zepita" y "Libertador". Los restos de Félix Eguino, Coronel de la Independencia, descansan en el Mausoleo de Notables de esta ciudad.

Adviene el año en que se consagra el triunfo de los ideales libertarios. El Mariscal de Ayacucho escribe a la heroína: "Doy a usted las gracias por los buenos deseos que le animan en mi favor. Los dos hijos de Ud. que se hallan en servicio y que se sirve recomendarme serán tratados con virtud que adornan a Ud. Tengo el gusto de reptirme su



el aprecio y consideraciones que merecen su patriotismo y afectísimo servidor q. b. s. m. — (Fdo.) A. J. DE SUCRE”.

Promediaba agosto de 1825 y se anuncia el arribo del Libertador Simón Bolívar a La Paz. La preocupación general de autoridades, sociedad y pueblo no era otra que la de preparar al héroe la más suntuosa recepción. Era el 18 de agosto de 1825 que hicieron presencia en el lugar denominado Coscochaca, el Libertador, el Mariscal Sucre y los Generales José Miguel Lanza y José Ma. Córdova. El trayecto que conducía hasta la plaza principal se hallaba cubierto de emblemas, flores, monedas, plata labrada y cuantos objetos valiosos podían hallarse. La primera figura que se adelantó hacia el Libertador, presidiendo un numeroso conjunto de damas de la ciudad y un grupo de niñas vestidas a la usanza de los Incas, fué la de doña Vicenta que habló de esta manera:

“¡Libertador! La misión que los mártires del año nueve  
” impusieron desde el cadalso a sus hijos, la habéis cumplido,  
” La sangre que regaron en el suelo que pisáis es la savia  
” que da vida al árbol de la libertad, bajo cuya sombra hoy  
” gozamos de la justicia de nuestra causa, del derecho de  
” nuestra victoria y de las garantías que nos dá la indepen-  
” dencia. A nombre de esta ciudad os saludo, entregandoos  
” esta guirnalda como enseña de gratitud”.

Y entregándole una hermosa corona de filigrana de plata, tachonada de piedras preciosas, abrió con llave de oro la puerta y mostrándosela al Libertador, le dijo:

“Entrad pues a la ciudad, cuna de la libertad, y que vues-  
” tra triunfante espada abra esta puerta para que desde hoy  
” La Paz pueda imitar vuestras virtudes, ya que antes imitó  
” a sus progenitores en el sacrificio y martirio de sus hijos”.

Heredera de un título nobiliario que jamás lo hizo valer por su estructura espiritual esencialmente demócrata, la heroína tuvo el privilegio de ver triunfante la causa de la Libertad americana que tanto mereció de sus afanes y desvelos. Tenía 72 años cuando cristianamente, rodeada de los suyos, falleció el 14 de marzo de 1857. Sus funerales fueron, dice la historia, apoteósicos. El Gobierno de la Nación



en pleno presidido por el General Jorge Córdova, Jefe del Estado, todas las autoridades judiciales, militares y eclesiásticas, la sociedad y las clases populares honraron los restos. Su traslación al Cementerio General hecha en hombros desde la Iglesia de la Merced y por calles abiertas por el ejército nacional, tuvo las características de un suceso inenarrable y grandioso.

El Ministro de Guerra General José María Pérez de Urdinéa, hizo el elogio póstumo de la extinta a la que se acordaron los honores correspondientes al grado de Teniente Coronel. (1)

Vicenta Juaristi Eguino había satisfecho sus sueños de libertad, claro y único sentido de la revolución de julio, dejando tras sí la inapreciable herencia, el alto y severo ejemplo de la historia, comprobatorio de que en la vida de los pueblos y las naciones, en sus noches y sus días, en sus inmolaciones y sus triunfos, nunca ha faltado ni podrá faltar la pasión fecundadora, y la fuerza constructiva de las mujeres sobre cuyo corazón y espiritualidad inefable se levantan las cumbres desde las que se domina el vasto y hermoso horizonte de la humanidad dignificada, con su patriotismo y su libertad política triunfante de la anarquía y del despotismo, con su himno, su bandera, su escudo y sus instituciones democráticas.

Maestras y niñas bolivianas:

Es por esa vida luminosa cuyas enseñanzas debéis seguir por el porvenir de Bolivia, que es el vuestro, que os será entregado este estandarte y la imagen de la heroína paceña. Sus símbolos y sus colores tienen mucho del corazón, de la belleza y del espíritu superior de la inimitable patriota. Reivindicad con su recuerdo, el estudio, la investigación y la práctica de sus ejemplos, las glorias y los heroísmos que debe la patria reconocer en sus mujeres admirables.



(1) Los datos históricos han sido tomados del folleto "Las mujeres del tiempo heroico".— II.— Doña Vicenta Juaristi Eguino por Luis S. Crespo de las "Sociedades Geográficas" de Sucre (Bolivia) y Lima (Perú) 1925.



El estandarte obsequiado por la señora viuda de Rodas, biznieta de la heroína, a la Escuela de Niñas que lleva su glorioso nombre.



DISCURSO DE LA SEÑORA ELODIA BALDIVIA DE  
LIJERON, DIRECTORA DE LA ESCUELA  
"VICENTA JUARISTI DE EGUINO"

*Excelentísimo Sr. Presidente,  
Señor Ministro de Educación,  
Ilustrísimo Sr. Arzobispo de La Paz,  
Señora viuda de Rodo y Dr. Rodas Eguino:*

En presencia de vosotros que constituís la soberanía nacional, y en presencia de vosotros que acudís a honrar este acto, permitidme en este recinto, de evocaciones santas, en esta hora en que la patria libre de todos sus atributos como país joven, llama la atención del mundo entero, permitidme digo, rememorar con veneración a la egregia pacaña doña Vicenta Juaristi Eguino que, unida con los conspicuos varones, Murillo, Sagárnaga, Catacora, Jiménez y otros luchó por la emancipación del yugo extranjero.

Al realizar este acto trascendental, de honda emoción patriótica, no se hace otra cosa que abrillantar la aureola que circunda la frente de la mágica y artífice soñadora de la libertad.

En la impotencia de una labor solvente a los actos heroicos de esta gran mujer, únicamente quisiera que en cada corazón de los aquí congregados, se levante un altar cívico donde se eleve las más fervientes oraciones a fin de que, el ejemplo que nos legara fuese la eterna luz que ilumine para consagrar la vida misma en aras de un ideal: el progreso de nuestro país.

Recuerdo en esta ocasión las más concienenciales palabras que encierran una sentencia magnífica del ciudadano que fué también uno de los preclaros hijos de La Paz, el doctor Ismael Montes. El decía: "Somos herederos del pasado y deur-



dores del porvenir". Ante este enunciado de principio filosófico podemos analizar que doña Vicenta Juaristi Eguino, nos legó una voluntad inquebrantable porque alcanzó su propósito forjado al temple cálido de la libertad emancipadora, poseyó un altruísmo a toda prueba, para confundir con la dádiva a los propios enemigos; tuvo una elocuencia florida, capa de convencer al más renegado opositor de sus aspiraciones y, en fin, ha sido una mujer de abolengo que no escatimó su presencia en el seno de la plebe; clarividente y patriota máxima que dedicó su fortuna y su vida en aras de la libertad por estas virtudes, estamos en el deber de recoger su acervo magnífico y glorificar perpetuando su nombre.

Hoy como un estímulo a la labor educacional, hacen la entrega del estandarte nacional y de la fotografía de la egregia patricia, sus dignos descendientes.

Señora Sara Eguino v. de Rodas: en vuestra sangre corre la de aquella mujer singular y por esa emoción que sentís y por el palpito de vuestro corazón que os dice, os pertenece la Escuela que lleva el nombre de la heroína pacaña, vuestra antecesora, obsequiás los hermosos trofeos de la patria, para que la escuela conserve en el lugar más prominente y luzca en los actos y momentos de exaltación cívica.

También debéis estar, señora, satisfecha, porque tenéis vuestros dos hijos que honran al país y sirven con abnegación y honor, ya como diplomáticos, ya como políticos, quien sabe siguiendo siempre la trayectoria que trazara vuestra antecesora Patriota, con su espíritu selecto e inconfundible.

La Escuela Vicenta Juaristi de Eguino, enórgullecida os agradece de todo corazón.

---



*DISCURSO PRONUNCIADO POR LA SEÑORA IRENÉ  
MURILLO DE BUEZO, EN EL HOMENAJE PRE-  
PARADO EN RADIO ILLIMANI EL 20 DE  
JULIO DE 1943.*

Señores radioescuchas:

En celebración de la efemérides paceña y cumpliendo un número del programa, el día 17 del presente a horas 18, tuvo lugar un simpático acto en el Salón del Ministerio de Educación, realzado por la presencia del Excelentísimo señor Presidente de la República General Enrique Peñaranda, el Ilustrísimo Arzobispo de La Paz Monseñor Antezana y Rojas, autoridades educacionales y distinguidos miembros de la familia Eguino.

En este acto el Honorable Diputado por La Paz, señor doctor Dn. Remy Rodas Eguino, como miembro representativo de los descendientes de la notable heroína paceña Doña Vicenta Juaristi de Eguino, hizo entrega a la Escuela de Niñas que lleva su glorioso nombre, un valioso obsequio consistente en un magnífico estandarte, un hermoso Escudo Nacional, primorosamente bordado en alto relieve, sobre los colores de la insignia patria. Y un cuadro con la fotografía de la digna dama.

Las niñas de esta escuela, llevarán en su mente, grabado este patriótico acto, ligado al nombre de Doña Vicenta Eguino, que fué una excelsa patricia en la Guerra de la Independencia, cooperando a la magna obra de la libertad. Jamás su espíritu sintió desaliento, subiendo su entusiasmo la altura de su visión patriótica, dió toda su vida, toda su fortuna, su valor, su ingenio y su fe por la santa causa de la libertad. Con noble sentimiento cívico, intervenía entre las comunicaciones de los jefes patriotas y cooperaba en forma brillante en los planes de la organización revolucionaria. teridad, sus virtudes cívicas, su perseverancia y estoicismo



femeninos, serán siempre admirados y guiarán a la juventud, como una estrella.

En representación del Profesorado de la Escuela de Niñas Vicenta Juaristi Eguino, tengo el honor de expresar mis más fervorosos agradecimientos a la Sra. Sara Eguino v. de Rodas, a los doctores Remy y Justo Rodas Eguino y además nuestro respeto y cariño hacia las distinguidas familias como don Daniel Eguino, Alfredo y José Sanjinés, don Rafael Tarborga, Unzaga Eguino, González Eguino, Vidal, Peña y Lillo Eguino, Calderón Eguino, Eguino Capanini y las familias Villafañe Basabilbaso de la Argentina y el señor Humberto Muñoz Cornejo, todos ellos hoy honran al país y son dignos sucesores de la singular matrona, a quienes los consideramos cariñosamente amigos de nuestra Escuela y enaltecedores de la instrucción de la niñez boliviana.

Señora Sara Eguino v. de Rodas:

Señor doctor don Remy Rodas Eguino y las distinguidas familias que he nombrado, aceptad esta sencilla audición que hemos preparado en vuestro honor como homenaje de gratitud que la Escuela os guarda.

## Bienes de Doña Vicenta Juaristi de Eguino

### QUE EN GRAN PARTE FUERON DESTINADOS EN SERVICIO DE LA INDEPENDENCIA DE BOLIVIA

Según referencias de familia y algunos documentos que existen, doña Vicenta, en 1809, poseía las siguientes propiedades:

*En la ciudad de La Paz.* — La casa paterna, calle Chirinos, hoy Potosí, N.º 242. En ella nació y murió doña Vicenta, y nacieron sus hijos. Esa casa fué después de don Víctor E. Sanjinés.



La hermosa casa conocida con el nombre de *Tambo de Quirquincho*, en el barrio de Churubamba, y que se extendía hasta la "Piedra de la Paciencia", sobre el puente de las "Concebidas". Esta casa fué confiscada por Goyeneche.

La casa de la calle de los *Hospitales*, hoy Loayza, y que tenía un extensísimo solar que abarcaba ambas orillas del río Choqueyapu; en la orilla derecha existía un molino, que subsistió hasta 1884 ó 1885. Esta casa la heredó don Félix Eguino, y aquí nacieron algunos de sus hijos: Daniel y Natalia.

La casa llamada del *Chuillo*, situada en Caja del Agua, (esquina del hoy Parque Riosinho y calle Sucre), donde Valde Hoyos hizo construir en 1814 la famosa barricada que doña Vicenta tomó y entregó a los patriotas cuzqueños.

Las rancherías y sitio solar de *Huturuncu*, que abarcaban desde la hoy calle "Figueroa" hasta la "Illampu" y puente de "Coseochaca" y donde últimamente se ha construido el edificio del *Buen Pastor* y la barraca *Sáenz*.

Las rancherías y solares de *Chapicalle*, situados entre las calles que hoy se denominan de "Santa Cruz" y "Maximiliano Paredes".

Por último, las *chacras* o *chacarillas*, situadas, la una en *Potopoto*, hoy Miraflores, y la otra en *Obrajes*.

*Fuera de la ciudad.* — Las haciendas siguientes:

*Cedromayo*, en Yungas.

*Salapampa, Yanari, Cachapa, Guayguacito* y otras, en el "Río Abajo".

*Cuñipata*, en Laja.

*Pillapi*, en Tiahuanacu.

*Calachapi*, en Caracato.

No es posible precisar hoy, por falta de documentos, el monto a que ascendería entonces el valor de todas estas propiedades; pero cálculos aproximados hacen subir esa fortuna a más de un *millón de duros*, equivalentes a muchos millones de pesos bolivianos de la actual moneda.

(De "Las Mujeres del Tiempo Heroico" por el Historiador Luis S. Crespo).



## La Portada de la Ciudad



*Un grupo de numerosas damas de nuestra sociedad, entre las que se encontraba la señorita Alicia Sanjinés Zuazo, tataranieta de doña Vicenta Juaristi de Eguino y autoridades locales, esperaron al Mandatario venezolano en el mismo lugar donde se entregó a Bolívar la llave de la ciudad. El Presidente venezolano pasó a pie la portada siendo rodeado por el numeroso público que irrumpió a través de los cordones de policía*

---

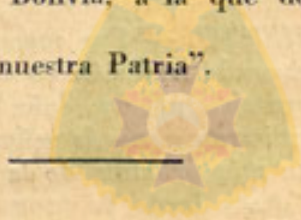


## 118 Años Después

Con motivo de la visita del señor General don Isaías Medina Angarita, Presidente de la República de Venezuela y por acuerdo de la familia de doña Vicenta Juaristi de Eguino y el Alcalde Municipal de La Paz, don Luis Nardín Rivas, lo señorita Alicia Sanjinés Zuazo, descendiente de la heroína reproduciendo la escena histórica del 18 de agosto de 1825, en la cual la patricia paceña doña Vicenta entregó al Libertador Bolívar, la llave de la ciudad de La Paz, puso en manos del Alcalde para que esta autoridad la hiciera llegar a manos del Mandatario venezolano, la Llave de Oro de la ciudad. La señorita Sanjinés pronunció las siguientes palabras: "Excelencia: El 18 de agosto de 1825, la heroína de la Libertad del Alto Perú, doña Vicenta Juaristi de Eguino, entregó en este mismo sitio las llaves de la ciudad de La Paz al Libertador Simón Bolívar.

Después de 118 años de aquel fausto acontecimiento, me cabe hoy el alto honor, como descendiente de la heroína y en representación de su familia, así como en el de la mujer paceña, repetir esa ceremonia, entregandoos por medio del señor Alcalde, esta Llave de Oro de nuestra ciudad, a Vos, Excelentísimo señor Presidente de Venezuela, la querida Patria del Padre de Bolivia, a la que designó su Hija Predilecta.

Sed bienvenido a nuestra Patria".





## Comentarios de la prensa de La Paz

“La Razón” de La Paz, correspondiente al día 3 de agosto de 1943, trae la siguiente información a propósito de la llegada a esta ciudad del General Isaías Medina Angarita, Presidente de los Estados Unidos de Venezuela:

*“LA LLAVE DE ORO DE LA PAZ, SERA ENTREGADA A MEDINA ANGARITA*

*A los 118 años se repetirá la escena que se registró al ingreso de Bolívar a la Ciudad del Illimani. — Representantes de las quince Provincias de La Paz. — Obsequios*

Después de 118 años se repetirá hoy, a las 12, la escena que tuvo lugar cuando el ingreso del Libertador Simón Bolívar a la ciudad de La Paz.

En la esquina formada por las calles Tumusla, Illampu y avenidas Manco Kapac y Pando (Coskochaca), se levantó una portada de ingreso a la ciudad, profusamente adornada con motivos autóctonos y en la que se luce la efigie del Libertador y los retratos de los presidentes de Bolivia y Venezuela.

**OFRECIMIENTO.** — Por acuerdo de la Comuna y con el fin de conservar la tradición en este acto, una de las descendientes de la patricia paceña, doña Vicenta Juaristi de Eguino, repetirá la misma escena; la señorita Alicia Sanjinés Zuazo, descendiente más próxima de la heroína, será portadora de la llave de oro y luego de pronunciar unas breves palabras pasará al Alcalde, el que estará acompañado por representantes de las sociedades de beneficencia y cuatro simpáticas cholitas, el que depositará la “Llave de Oro de La Paz” en manos del general Medina Angarita, debiendo seguidamente la comitiva continuar hasta el Palacio de Gobierno.



### “LA PUERTA SIMBOLICA DE LA PAZ

Uno de los actos sobresalientes de la recepción tributada ayer al presidente de la República de Venezuela, General Isaias Medina Angarita, fué la entrega de la “Llave de la Ciudad”.

A la llegada de la comitiva a la puerta simbólica de la ciudad, construida en el puente que existe sobre el río Coskocha, entre las calles Illampu, Av. Pando, Manco Kapac y Tumusla; el público ovacionó al General Medina Angarita. Este descendió del automóvil para recibir la “Llave de Oro de la Ciudad” que le fué entregada por la señorita Alicia Sanjinés Zuazo con las siguientes palabras: “Hace 118 años la heroína de la libertad del Alto Perú, doña Vicenta Juaristi Eguino entregó, en este mismo sitio, la llave de la ciudad al Libertador Simón Bolívar. Hoy como tataranieta de la heroína y en representación de sus descendientes y de la mujer boliviana, tengo el honor de entregaros la llave de oro de esta ciudad, Excmo. señor Presidente de la República de Venezuela, Patria querida del Padre de Bolivia a quien designó su hija predilecta; sed bienvenido. ¡Viva Venezuela!”

Seguidamente el General Medina Angarita cruzó la puerta simbólica de la ciudad a pie y en medio del inmenso grupo de personas que trataban de abrazarlo, mientras las bandas del Ejército tocaban los himnos de Venezuela y de Bolivia”.

(De “La Razón” de 4 de agosto de 1943).

---





*Señorita Alicia Sanjinés, tataranieta de la heroína Vicenta Juaristi Eguino, la cual saludó a Bolívar cuando hizo su entrada a La Paz. La señorita Sanjinés entregó por intermedio del Alcalde la llave que la ciudad de La Paz obsequió al General Medina Angarita.*



## Una Honrosa Distinción del Gobierno de Venezuela

El viernes 13 de agosto de 1943, en el salón de la Alcaldía Municipal, tuvo lugar la entrega a la señorita Alicia Sanjinés Zuazo del obsequio que le ha hecho el Presidente de los Estados Unidos de Venezuela, General Isaías Medina Angarita, y que consiste en una Orquídea de Oro con una gran perla al centro.

Esta distinción otorga el Gobierno de Venezuela a las damas que han prestado algún servicio distinguido a aquel país.

Como se recordará la señorita Sanjinés, rememorando el acto de la entrega de la Llave de la Ciudad de La Paz al Libertador Bolívar en agosto de 1825, por la heroína de la libertad del Alto Perú, Doña Vicenta Juaristi de Eguino, entregó, como tataranieta de la prócer paceña, la Llave de Oro de La Paz, al Presidente de Venezuela General Medina Angarita. La ceremonia de la entrega de la Orquídea de Oro tuvo lugar en una sencilla ceremonia a la que concurrieron el Alcalde y altos funcionarios del Ayuntamiento y los familiares de la descendiente de la heroína.

---